

MADAM C. J. WALKER



CREA UNA EMPRESA

DESTINO

NIÑAS
REBELDES.

NIÑAS
REBELDES.

MADAM C.J. WALKER



CREA UNA EMPRESA

DESTINO

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2020
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *Madam C.J. Walker builds a business*

© Timbuktu Labs, Inc., 2019

Traducción de Hugo Araiza Bravo

Texto de Denene Millner

Ilustraciones de cubierta e interior de Salini Perera

Lettering de la cubierta de Monique Aimee y Anilú Zavala

© 2020, Editorial Planeta Mexicana, S. A. de C.V.

© de esta edición: Editorial Planeta, S. A., 2020

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: marzo de 2020

ISBN: 978-84-08-22528-7

Depósito legal: B. 2.540-2020

Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono.

CAPÍTULO UNO

La madre de Sarah le dividió el cabello en tres secciones: una al frente y dos atrás. Sarah se contoneó mientras su madre empezaba por la raíz y avanzaba hacia las puntas. Le encantaba sentir sus dedos en el pelo.

—Quieta, gusanita —la calmó su mamá.

La hermana mayor de Sarah, Louvenia, estaba sentada a un lado, rascándose las trenzas recién hechas. Le estuvo haciendo muecas a su hermanita hasta que su madre le lanzó una mirada enfadada.

—Ya vale, Lou. Vete a barrer el porche si no tienes nada mejor que hacer.

Sarah Breedlove, la menor de cinco hijos, era la esperanza de sus padres. Nacida en 1867, era la primera de su familia que no había nacido esclava. Ahora sería la primera en ir a la escuela.





Aunque apenas tuviera cinco años, en la última cosecha había trabajado en los campos junto a su mamá, su papá, Lou y sus tres hermanos mayores, Alexander, Owen y James. Toda la familia había recolectado el esponjoso algodón plantado en filas rectas que se extendían hasta el horizonte. Sarah recordaba haber sudado bajo el sol ardiente. A veces, las partes espinosas de las plantas le pinchaban los dedos. Pero ella seguía trabajando, llenando su saco sin importar lo pesado que se pusiera. Sabía que su familia no podía sobrevivir de otro modo.

Cuando su pelo estuvo casi perfecto, la madre de Sarah la metió en la cama y le tarareó una canción de cuna.

—Tú, mi niña, vas a ir mañana a la escuela. Se acabó recolectar algodón para mi pequeña. Cuando crezcas, vas a ser más grande que todos estos campos. Más grande que el río Misisipi.

Sarah se quedó dormida pensando en eso, con una sonrisa en el rostro.

Los Breedlove no siempre podían cubrir sus necesidades, como comida, zapatos y reparaciones

del hogar. Durante el invierno, el aire frío entraba por los huecos de las paredes de madera donde los tablones no estaban bien ajustados. Pero la cosecha de algodón de aquel año había sido abundante.

Toda la familia estrenó ropa y zapatos, y su padre por fin compró aceite para arreglar la puerta de la cabaña, que rechinaba. ¡Lo mejor de todo fue que su mamá y su papá por fin iban a poder casarse!

—Cuesta cien dólares amarrar el nudo —anunció su madre, sonriendo mientras agitaba el frasco como un sonajero—. ¿Adivináis cuántos tengo aquí?

—¡Cien! —gritaron a coro Sarah y Louvenia, bailando alrededor de sus piernas.

Hicieron la ceremonia allí mismo, en el patio trasero, bajo los árboles. Su madre llevaba su mejor vestido, y le brillaban los ojos mientras cogía de las manos a su padre.

El pastor sudaba, abanicándose mientras leía su gran libro negro. Sarah apretó la mano de Louvenia a un lado y la de su hermano Alexander al otro.

—El pastor tiene cara de haberse tragado un bicho —susurró.

—¡Shhh! —le chistó Louvenia.

A Alexander le tembló el cuerpo intentando contener la risa.

Después de la ceremonia, pusieron mesas y sillas desvencijadas en la hierba. Todo el vecindario llenó el patio y trajeron consigo pilas de comida que le hacían la boca agua a Sarah. Un viejo rasgueaba el banjo sentado a la sombra. Los niños hacían juegos de manos y gritaban alegres en el campo cercano.

Luego llegó el pastel: dulce y lleno de adornos encima. A Sarah le tocó un trozo especial. Mientras dejaba que el azúcar se le disolviera en la boca, sintió que la vida era tan dulce como el pastel de su mamá.



El primer día de clases, la madre de Sarah envolvió una galleta en una servilleta y se la metió en el bolsillo. Luego, su padre la acompañó caminando a la escuela.

El corazón le latía a toda velocidad cuando le soltó la mano a su padre y entró en un cuarto casi

en penumbra con las ventanas abiertas. Fue directa hacia su maestra y se presentó:

—Hola, señora. Me llamo Sarah Breedlove.

—¡Hola, Sarah! Encantada de conocerte. Yo soy la señora Peacott.

La maestra la condujo a un banco de madera que estaba vacío. Sarah se sentó y cogió su pedazo de tiza.

Le encantaba la escuela. Le encantaba cómo se deslizaba la tiza por la pizarra. Le encantaba aprender a formar letras y números; primero en líneas vacilantes y luego en remolinos cuidadosos.

Pero su educación terminó tan rápido como había empezado.

Después de tan solo tres meses, el estado de Luisiana decidió dejar de gastar dinero en escuelas para niños negros como ella. Cientos de niños volvieron a trabajar en los campos y nunca se convirtieron en políticos, abogados ni empresarios. Pero Sarah aprendió una lección importante en las clases: a soñar con la posibilidad de que eso ocurriera.